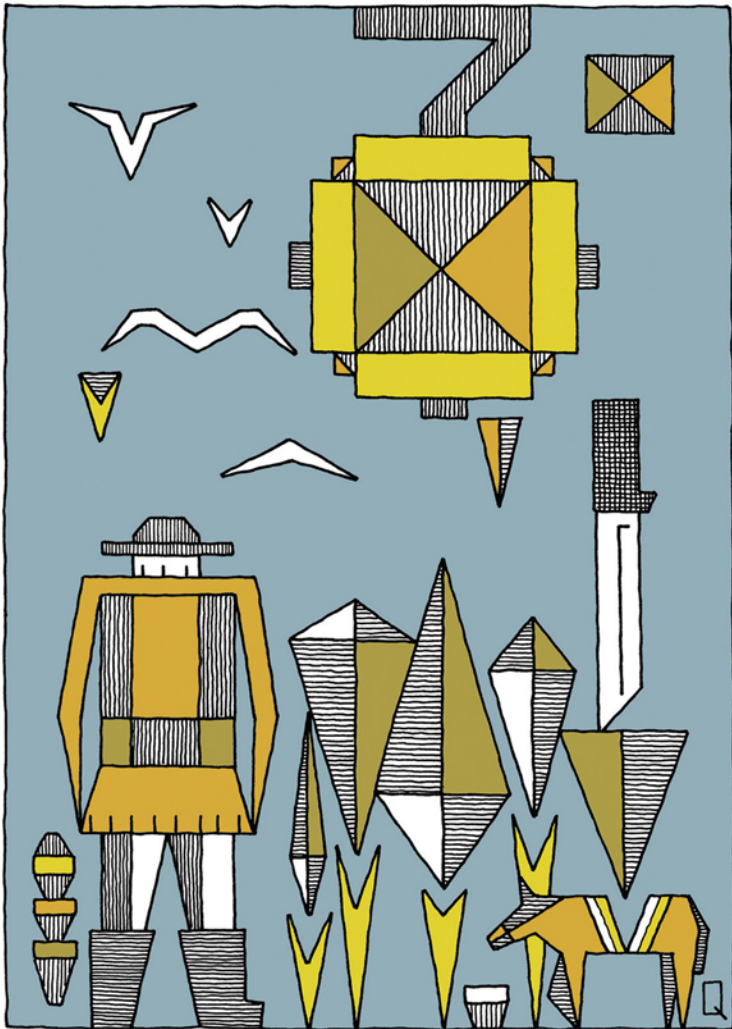








ROSAS GAMARRA

NICOLÁS CORREA

• Ilustrado por: JORGE QUIEN

**Dedicado, íntimamente, a la
fibra femenina que alimentó
mi vida, mi madre.*

Correa, Nicolás

Rosas Gamarra / Nicolás Correa ; edición literaria a cargo de María Inés Kreplak y Marcos Almada ; ilustrado por Jorge Opazo. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015. 100 p. : il. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 15)

ISBN 978-987-3772-14-6

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, María Inés , ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Opazo, Jorge, illus. IV. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 10/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

———— **Ministerio de Cultura** ————

Franco Vitali
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi
Ministra de Cultura



NICOLÁS CORREA

MORÓN, BUENOS AIRES, 1983. Publicó los libros de cuentos *Made in China* (2007) *Engranajes de sangre* (2008), *Prisiones terrestres* (2010), *83* (2013), la novela *Súcubo. La Trinidad de la antigua serpiente* (2013) y cuentos en varias antologías y revistas internacionales. *Virgencita de los muertos* (2012) es su primer libro de poesía.

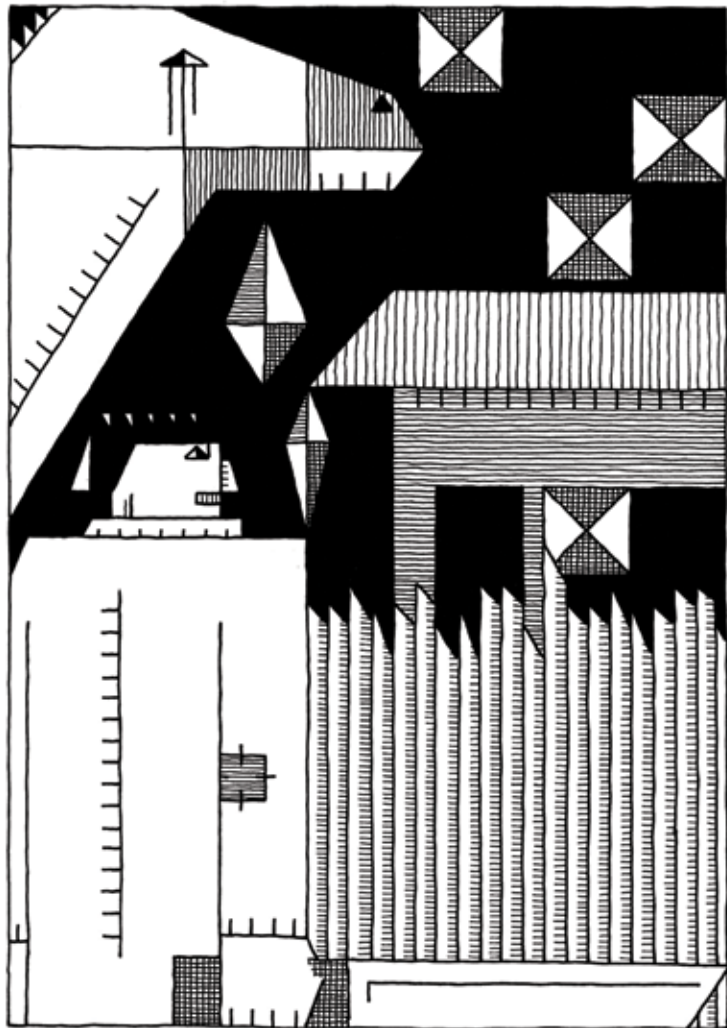


JORGE QUIEN

BUENOS AIRES, 1970. Es artista visual, ilustrador y dibujante de comics. Sus historietas e ilustraciones se han publicado en antologías de Chile, Argentina, Estados Unidos y Polonia. En Argentina ha colaborado con la revista *Fierro* y publicó los libros de historieta *Humani-llo* (2010) y *Planetoide* (2013). Se puede ver su obra en:

- jorgequien.com

EL MACHETE



Sospecho que vuelvo a relatar la guerra de la traición, el sable corvo y el Martín Fierro.

Toma el machete y se agazapa. La tarde entera esperando. No son animales, son hombres. Se han escondido allí y aguarda por ellos. Palpa el mango del machete con fuerza. Abre y cierra la mano. El filo da al suelo. Es un filo grueso que no brilla.

Ese machete estuvo en el rancho des-



de que él tiene conciencia. Nadie le ha dicho de dónde salió pero ahí estaba. En la selva es útil y también en la noche. Nunca han faltado amenazas contra sus hermanas o contra la madre. Por eso es útil.

Escucha unos murmullos y se acuesta en el suelo. La hierba está fresca. Ahora no puede ver tan bien como antes. Lo tapan los yuyos que se vuelven más espesos cerca de la tierra. Se levanta con cuidado y espera agazapado.

Uno de los hombres se acerca a la

puerta. Mira como si supiera que algo los está vigilando. Adentro de la casilla se escucha el griterío, deduce que son varios. El hombre mira hacia los yuyos y escupe en la tierra. En su rancho él riega la tierra.

La cara del hombre es la cara que los había visitado en la mañana. Horas atrás. El recuerdo de esos rasgos parece imborrable.

Había masticado rabia mirando a su madre, mirando a su hermana. Masticó duro la impotencia de ser un muchacho



de trece años. Masticó la fuerza de algunos hombres sobre otros.

Ellos habían llegado una madrugada mientras su madre terminaba de lavar. La tomaron por la espalda y con una pistola la metieron en el rancho. Luego se despertaron las hermanas. Tres mujeres, contando a la madre. Escuchó el griterío de los hombres y salió de la piedad. Uno de ellos le pegó con la culata de la pistola.

La situación era confusa. Los gritos de su madre pidiéndole que no mire,

que se vaya a jugar al monte. Los gritos de sus hermanas pidiéndole que se vaya bien lejos. Que se tape los ojos. Eran muchas imágenes y demasiados gritos. En el monte se había acostumbrado a la tranquilidad.

Cuando se despertó estaba en la piedad, amarrado. El sol ya había despuntado. Salió arrastrándose hasta el comedor. Su madre estaba tirada en el suelo y sus hermanas alrededor de ella. Al verlo atado, la menor corrió a soltarlo. A su madre los golpes en el cuerpo



le impedían moverse. Sus hermanas también tenían marcas en el rostro, en las piernas y en todo el cuerpo pero la juventud les permitía resistir un poco ciertos dolores físicos. Rosas fue hasta el pozo en busca de agua.

Afuera el sol estaba apretando y sintió que nunca más iba a olvidarlo, estaba arrasando la mañana con prepotencia. Era el calor viniendo del monte y pegándose en el cuerpo. Regresó con el agua. Tomó un trapo viejo y lo pasó por el rostro magullado de su madre.

Continuó con la espalda y después las piernas. La recostó en la cama y siguió el mismo proceso con sus hermanas.

Al cabo de dos días la madre estaba recuperada. Sus hermanas todavía temían salir de la casilla. En la noche, mientras todos dormían, en medio de la noche cuando los pájaros nocturnos llamaban, ellas se despertaron gritando y él corrió a la piecita para ver qué sucedía. La madre trataba de calmarlas. Sus hermanas lo vieron entrar y reconocieron su rostro. Rosas se sentó en



la puerta de la pieza con una frazada y ellas durmieron.

A media tarde, después de haber regado la tierra, él se sentó a descansar a la sombra del cedro. Entre el paisaje espeso y el color rojizo del camino divisó dos hombres a caballo. Hacía demasiado calor. Rosas no tenía cerca el machete y se desesperó. Levantó la cabeza y ellos ya estaban a unos metros. La respiración se trabó en su pecho y sintió que algo le apretaba el cuello.

—¿Está tu mamá, guanaco? —preguntó

el que estaba en el caballo blanco—. Decile que salga...

Él lo midió a distancia. El hombre tenía un lindo caballo. Su madre salió al escuchar las voces. También sus hermanas, que se quedaron en la puerta de la casillita. El del caballo blanco hizo señas a la madre para que se acercara. La mujer caminó descalza por la tierra que él había regado. El tipo dijo algo. Nadie escuchó pero la madre terminó agachando la cabeza y volvió con el paso cansino a la casilla. Entró y los dos



hombres se fueron. Rosas no se metió adentro hasta que se perdieron.

Desde la piecita de sus hermanas llegaba el llanto.

Antes de que caiga la noche su madre agarró el único alazán que tenían, cargó a la mayor de las hermanas y salió. Dos horas después regresó cabalgando sola y en la oscuridad. Fue la primera vez que la vio llorar. Rosas le preguntó por qué lloraba y ella dijo que había perdido una hija para no perder todos sus hijos. Se calló y se metió en la piecita.

En la mañana del sábado, mientras él se levantaba, vio venir dos caballos por la ventana. Eran los hombres que los habían visitado tres días atrás. El caballo blanco brillaba bajo el rayo del sol. Tomó el machete y lo escondió detrás de su pierna. Su madre salió corriendo del rancho. En el caballo blanco venía la mayor.

—Es joven pero no sirve pa mierda —dijo el tipo tirando a la muchacha del caballo—. A la noche tráeme la otra a la casilla. Vamo a ver si esa sirve pa algo...



Los hombres salieron al galope. Antes de que se perdieran en el camino, Rosas agarró el alazán. Cabalgó despacio pero sin perder pisada, siguiendo las figuras que se mezclaban con el color rojizo de la tierra. Monte arriba los hombres se abrieron del sendero y tomaron hacia el río. La selva cerraba el paso y achicaba la visión. Dejaron los caballos y se bajaron. Caminaron unos metros hasta una casilla. Él los acompañó con la mirada. Los vio entrar pero se fue cerca del río donde había un espacio abierto

para que el alazán pastara. El resto del camino hacia la casilla lo hizo a pie.

Esa es la cara que los había visitado en la mañana. Horas atrás. Esos son los rasgos que no puede sacarse de la mente.

Él está esperando en el yuyaje. Aprieta el machete contra la pierna y siente la humedad del mango. Es la transpiración. Adentro de la casilla se escuchan movimientos. Son los hombres, que ahora están jugando a las cartas. Mastica todas esas imágenes que llegan repitiéndose una a una. Mastica los ruiditos de



los pájaros nocturnos moviéndose en los pastizales. Mastica los zumbidos de los mosquitos y el murmullo del río y el chillido de las arañas. Mastica la selva encerrándolo en la oscuridad de la noche. Mastica la rabia en el puño del machete y la debilidad de los trece años.

El tipo está apoyado en puerta de la casilla. Avanza unos metros hacia el camino esperando algo. Está impaciente. Prende un cigarro y lo chupa con ganas. Patea la tierra. Sale otro hombre de la casilla.

–Tengo ganas de culiar –dice mientras con la mano hace un gesto pidiéndole un cigarro.

Ambos fuman y miran el fondo del oscuro paisaje.

Es una noche sin luz. No hay luna. El hombre que había salido último vuelve a la casilla. El otro se queda parado chupando el cigarro. Rosas aprieta el machete y siente la humedad del mango. Se seca la mano en el pantalón y también seca el mango con este. Rodea al hombre entre los yuyos moviéndose



con lentitud. Cuando están en la misma línea avanza despacio hacia él. El barullo de la selva no deja distinguir sus pasos. Casi frente a él se abalanza. El hombre lo escucha venir y reacciona tarde. El machete se incrusta en la garganta. La sangre estalla en la tierra. Saca el machete de la garganta y lo ensarta en el estómago. El machete no tiene punta y entra con mucho esfuerzo.

El caballo blanco que está amarrado a un poste, se inquieta al escuchar desplomarse el cuerpo del hombre en

la tierra. Rosas se acerca al caballo y le corta una de las patas delanteras. Al machete le cuesta atravesar la carne del caballo pero con un empujón desde el brazo termina su cometido. La bestia relincha desenfrenada y tira de la cuerda. Antes de que salgan los otros hombres le corta la otra pata y huye hacia la selva. El animal cae emitiendo algunos quejidos entrecortados. Se revuelca de dolor y los otros caballos se enloquecen. Los hombres lo siguen unos metros, pero entre el alcohol y la oscuri-



dad abandonan la persecución.

Rosas corre agitado y la vista se le nubla. Encuentra el río y camina hasta encontrar su alazán. Sube y sale al galope bordeando el río. El machete está caliente. Es la sangre del hombre y la sangre del caballo.

Rosas siente el cansancio pero se ha sacado de encima esa sensación que hace unos días lo molestaba. Ahora la sensación del machete enterrándose en el cuero y el calor de la sangre en la mano parecen ocuparlo todo.

Cuando llega al rancho la madre está sentada en la puerta. Deja el alazán y ella solo lo observa. Entra en la casilla y mira la pieza de sus hermanas. Ambas están dormidas. La madre sigue en la puerta y él mirando a sus dos hermanas. Sale.

—Van a venir, hijo —dice la mujer mientras con una varita dibuja en la tierra—. Van a venir...

—Hay que regar mamá. La tierra esta seca —comenta Rosas—. Hay que buscar agua y regar un poco —repite.



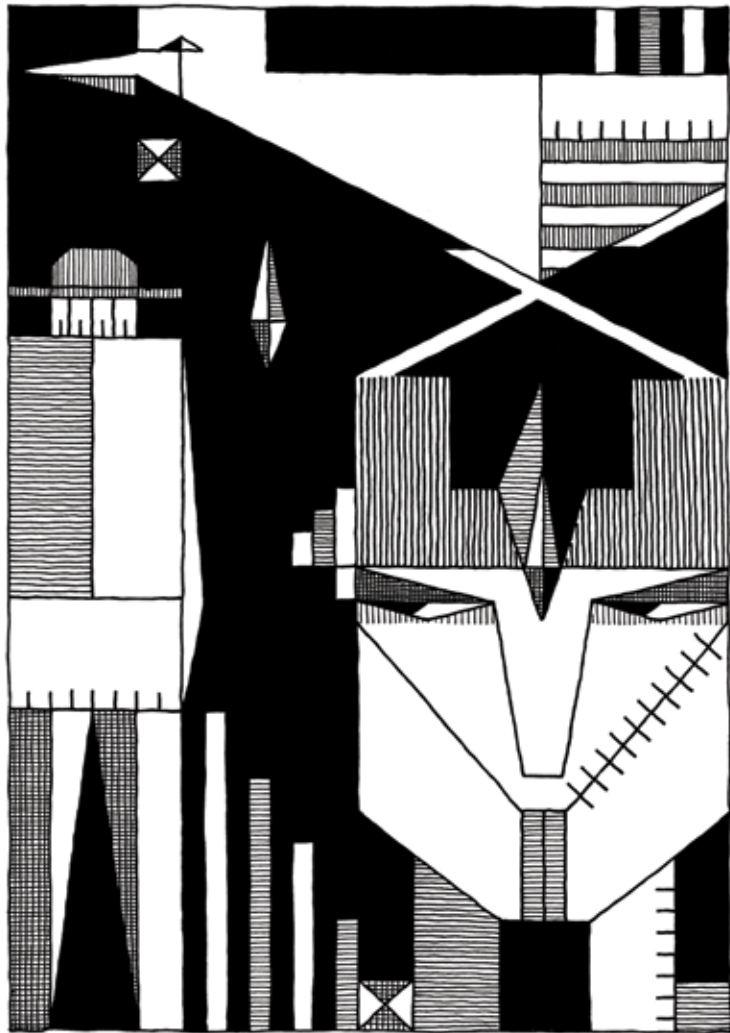
Deja el machete en la tierra, a la sombra del cedrón. Agarra unos baldes y sale hacia el pozo. Cuando se da vuelta la madre está tocando el machete. Ella corre hacia él.

—Dejá que yo vaya a buscar el agua — ordena la mujer—. Vos quedate con tus hermanas, hijo.

Rosas no dice nada y vuelve con el machete en la mano.



HOMBRE QUE LLEGA Y NO MUERE



Se pasó la mano por la frente. El calor apretaba sus pasos contra la tierra colorada. A unos cien metros había un grupo de gente que no pudo divisar con precisión. Pensó en caminar hacia la selva y evitar a esas personas, pero estaba cansado. Palpó en su cintura donde tenía la faca. Sus dedos golpearon el



filo del cuchillo, se tranquilizó, pero no lo suficiente como para creer que estaba a salvo. A menos de cincuenta metros divisó dos policías a caballo y uno a pie, que revisaba a otros dos sujetos tirados en la tierra. En la orilla de la selva había dos caballos libres. Uno de los policías, al verlo venir, le cruzó el caballo delante.

—Hace un poco de calor pa andar paseando. ¿A dónde va?

—A lo de un primo.

—¿Qué primo?

A Rosas se le hizo una laguna. Sabía que decir el nombre de quien iba a visitar le traería problemas.

—El Marciano.

—¿Qué Marciano?

—Marciano Correa.

—Parece que no lo juno a ese. Aguárdeme acá.

El policía se fue a consultar con el otro. Rosas observó a uno de los que estaba tirado boca abajo. El hombre levantó la cabeza y ambas miradas se trenzaron. Tenía una cicatriz que le cruzaba la



cara desde la sien hasta la boca. Estuvo concentrado en la cicatriz del hombre, nunca había visto una igual, hasta que el policía que lo revisaba, pateó al tipo, que rodó por el suelo. Se acercó el que lo había detenido.

–¿Y qué hace a pie, usted?

–Me robaron el caballo.

–Un hombre que anda a pie, es un medio hombre.

–Deme uno de esos que están libres.

–Esos son de la policía. ¿Que lleva con usted?

—Poca cosa.

El policía bajó del caballo, lo revisó y encontró el facón escondido en la cintura.

—Esto no será pa comer, supongo. Además va a ver a ese matón del Chino, seguro que de pichón te están amansando para andar de cuchillero.

Lo esposaron ubicándolo junto al tipo de la cicatriz, que se quejó:

—¡A mí no me pongan al lado un gua-cho de estos! A mí que soy versao en el manejo del filo...



—¡Mejor calláte que sino vas a ir a parar al medio de la selva pa darle de comer a los gusanos!

Uno de los policías salió cabalgando por la llanura y se perdió rápido, como si el paisaje se lo tragara. Se hizo uno con el horizonte. Rosas recordó a su madre, por un minuto, a su madre y a sus dos hermanas. Los otros dos policías se refugiaron bajo la sombra de un árbol que salía del camino. La presión del sol sobre su cabeza lo mareaba. El hombre de la cicatriz giró la cabeza ha-

cia él:

—¿Y vo, quién so? No te vi en mi vida.

—Rosas.

—¿Rosas qué?

—Rosas Gamarra.

El tipo guardó silencio y se dio vuelta. A él se le quedó grabada esa cicatriz. Le cruzaba la cara como un arroyo seco, como un río negro en el que no se ve la profundidad.

El sol andaba lento en el cielo y apretaba cada vez con más ganas. Cerró los ojos y se figuró un cuchillazo marcando



en su cara esa huella imborrable, que lo seguiría donde fuera. La imagen de la cicatriz alargada en el rostro se le figuró misteriosa, como la procedencia de aquellos dos junto a los que estaba tirado, aquellos dos que ahora eran sus hermanos del infortunio. Abrió los ojos y miró a los policías que parecían dormir recostados bajo el árbol. Por un momento imaginó a ese desconocido, Marciano Correa, y lo imaginó peleando contra los malones, desde el Aquidabán hasta la frontera. Había escuchado

una vez a su madre decir que el sujeto tenía más de cien años. Ella hablaba muy seguido de él.

En la hora de la tarde que el horizonte se confunde con el cielo, interminables, vieron una figura que levantaba polvo al fondo del camino. Volvía el policía seguido de una carreta. Los levantaron y los subieron a los tres en la parte trasera del vehículo. Los otros dos policías iban detrás de ellos como escolta. Antes de que se diera cuenta, el tipo de la ci-



catriz estaba ahorcando a su compañero. Uno de los policías, el que lo había interrogado, ordenó que detuvieran el carruaje, se acercó, abrió la puerta de la reja, y cuando quiso separarlos, el que era ahorcado se inclinó hacia adelante y le ganó el pecho de un cuchillazo. En una sucesión de acciones, le sacó el fusil y disparó al que venía atrás, que ya estaba en posición de ataque. Los dos tipos bajaron y Rosas no se quedó a pensar qué debía hacer, bajó con ellos. Para ese entonces, el policía que iba

adelante ya había primereado a uno de los cuatrerros, que se desangraba en el suelo, con su fusil, y perseguía al otro que se había metido en la selva, mientras el cochero de la carreta se escondía entre unos pastizales. Rosas tomó el caballo de uno de los policías y salió galopando hacia el norte. Escuchó los tiros que se perdían a sus espaldas. Evocó la cicatriz del hombre, que estaría escapando por ese laberinto interminable que es la selva.



Cabalgó hasta que se hizo de noche y llegó a un pueblo, que suponía estaba cerca de la frontera con Paraguay. Ubicó la pulpería, ató el caballo en la puerta, junto a otros, y se metió sin hacer demasiados alardes. Apenas sus pies tocaron ese suelo, que era un suelo distinto, los presentes giraron y vieron esa cara nueva a la que se acostumbrarían con los años. El tiempo se detuvo o él congeló la imagen. Pudo sentir que no era bienvenido. Se acercó a la barra donde un viejo fornido lo escuchó:

–Trabajo por el plato de comida.

–No necesito nada, y menos de uno como vos.

Rosas dio media vuelta y salió mirando el suelo. Todos lo siguieron con la mirada. Ya afuera, vio que la montura tenía un bolsillo. La abrió y encontró algo de dinero. Se contentó con su fortuna y volvió a entrar a la pulpería. Otra vez la misma ceremonia de antes: se voltearon para verlo, pero esta vuelta las miradas se afirmaron en él, que no estaba armado y que hacía unas horas andaba por



las tierras coloradas a pie, las miradas se agarraron a su rostro como abrazaderas. Se acercó a la barra y pidió un trago y un plato de puchero. El viejo fornido lo miró sobrador y preguntó:

—¿Y con qué pagas?

Rosas no hizo más que mostrar el dinero y el tipo enseguida puso un vaso y echó la bebida, que cayó brillante en el vaso. Un rato mas tarde, ya entonado, con la milonga retumbando en sus oídos, encontró un par de piernas que llamaron su atención. La joven percibió

que era observada y se acercó a Rosas, que no era mucho mayor que ella, y le preguntó si quería bailar. Rosas le dijo que no con un movimiento de cabeza, tal vez por vergüenza o porque su madre le había advertido que una mujer, si era tal, debía estar en su casa. De la mesa del fondo surgió una sombra. En su borrachera juvenil, no pudo identificar bien de quién o qué se trataba. La sombra fue cruzada por una lámpara y se vio una cicatriz que le dibujaba el rostro desde la sien a la boca. Era la



segunda que veía en un mismo día. Las imágenes se asociaron en su cabeza y solo hubo una sola cicatriz.

—¿Cómo me desprecias a la muchacha? Cosa de poco hombre la tuya.

Rosas no volvió a levantar la cabeza. Cerró los ojos tratando de despertar de aquel embotamiento.

—¡Hijo de una gran puta, resultaste!

La joven lo miró y le dijo al de la cicatriz:

—No es hombre todavía, dejálo, Chino.

Rosas oyó el nombre y se despertó de

golpe. Movi6 una mano tratando de que le prestaran atenci6n.

–Soy Rosas Gamarra, hijo de la Dominga. Lo estaba buscando.

El de la cicatriz, dej6 de reír y mir6 al muchacho. En ese instante todos estaban concentrados en la cara del Chino, menos Rosas, que trataba de hacer pie, estaban expectantes, como esa electricidad que hay los días de lluvia y aún no se decide a llover. El hombre le tir6 un cuchillo y no tard6 en hablar:

–Si me estabas buscando, me encon-



traste.

El tipo salió por la puerta y el resto lo secundó animoso. Había algarabía porque el Chino era hombre de respeto por aquellas zonas, era hombre que no consentía que se maltratara a una mujer. Rosas se quedó dentro de la pulpería y vio la cara de un negro que se puso a tocar la guitarra, aprovechando la ocasión.

—Será mejor que vaya señor, esta es cosa seria. Si quiere le tiro la última nota pa que me recuerde, mientras el

barquero lo cruza al otro lao.

Él solo atinó a tomar el cuchillo y apretarlo en su mano. No era como el machete al que estaba acostumbrado, era más ligero, se acomodaba a la mano y ambos parecían uno. Una sola figura. Antes de que Rosas saliera dando tum-bos por la borrachera, la guitarra sonó discordante y retumbó en sus orejas. El negro lo miró desde su lugar:

—Cuando me toque a mí, no voy a es-tar tan solo del otro lao...

El frío de la noche lo reavivó, mien-



tras el otro esperaba que diera el primer paso. La gente se quedó muda cuando a Rosas, el muchacho, le flaquearon las piernas y cayó al piso, hincando las dos rodillas como si implorara perdón.

—Hay que saber encurdarse en la vida —comentó el Chino riendo.

Logró ponerse en pie y cuando estaba por dar sus primeros pasos hacia el bulto que tenía como oponente, se frenó doblándose en dos y vomitando un líquido marrón. Los parroquianos estallaron en una carcajada. Algunos le

tiraron pan y otros cerveza y vino. El Chino avanzó decidido y él retrocedió unos metros. Levantó el cuchillo como escudo, pero el otro le bajó la guardia, ya que embestía fuerte y con una marcha decidida. Una cuadra estuvieron así: Rosas retirándose, porque no lograba ver más que la cicatriz de su oponente y por la fuerza de este, y Marciano avanzando sobre su presa. En un momento, la historia quiso que Rosas diera su espalda contra la pared de la iglesia. Hubo un grito de pájaro nocturno, una madre



que se tomó la cabeza y un borracho que no sonrió más. La gente se quedó callada. Dice la historia, que consta de ciento cuarenta y dos líneas como las que hasta aquí se han escrito y está en El infinito de Hermes, que Marciano, viendo al muchacho ahogado contra la pared, le tiró un cuchillazo hacia el pecho, pero Rosas inclinó su cuerpo hacia su izquierda (quizá por la borrachera, quizá conciente de ello) y con un movimiento ascendente de su mano, marcó la cara de su oponente. Marciano re-

trocedió unos pasos tomándose la cara con la mano. Soltó el cuchillo y entendió el mensaje que la muerte le enviaba. Era un hombre con dos cicatrices en la cara. Hizo unos pasos hacia atrás, hasta que se frenó hincando las rodillas en el suelo. Rosas no reuló en el pensamiento de este, nadie lo puede hacer. Él era un joven, no entendía qué significaba otra cicatriz en ese rostro viejo. Caminó dando pasos erráticos hasta que tuvo enfrente al Chino y sin pensarlo dos veces, le partió el pecho en una cu-

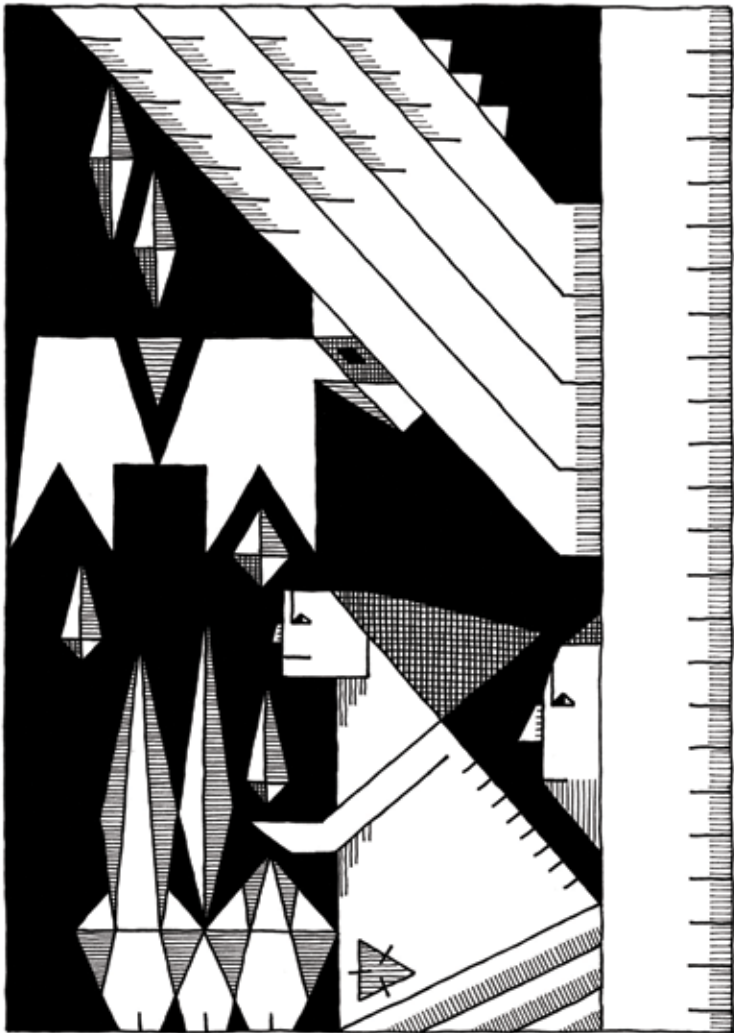


chillada pronunciada, que comenzó a la altura del corazón y terminó en el estómago. Las mujeres se taparon la boca y suspiraron abruptamente. Marciano Correa cayó hacia delante, desfalleciendo sobre las piernas de Rosas que también cayó, borracho. Era ese momento de la noche en que la oscuridad se cierra diciendo todo y nada a la vez. Ese momento en que uno de esos hombres pasaría al olvido y otro a la eternidad.





ENGRANAJES DE SANGRE



Llegó subido al caballo. Había ganado. Había ganado mucho con las cartas. Le había ganado al comisario. Al cura. A unos estancieros. Al intendente. Los había desplumado como se despluman las gallinas. Siempre tenía esos triunfos cuando aparecía después de un tiempo de ausencia. Estaba a caballo con otros.



Eran tres. Siempre estaban con él pero nadie los conocía. Eran amigos aún cuando la frontera no existía.

Dominga estaba fumando mientras lavaba la ropa de sus cuatro hijos. El mayor trabajaba en la extensión de las vías del tren, los otros todavía andaban dando vueltas entre sus piernas. Esos eran los tres más chicos. Cuando el tío llegaba salían enloquecidos a buscarlo. Se metían abajo del caballo y esperaban a que él les tirara alguna cosa.

Por eso cuando él llegó, Dominga

miró desde la puerta y sin decir nada siguió en lo suyo. Parecía que había ganado porque estaba feliz. De pronto escuchó unos golpes en las paredes. Fue hacia el centro de la pieza y siguió escuchando los golpes que ahora eran más intensos. Volvió a mirar por la puerta y su hermano estaba lanzando piedras al rancho. A su rancho de sangre, donde había parido a sus cuatro hijos.

—Salí, Dominga, de esa porquería...
¡Dale! Salí...

Pero Dominga tenía su orgullo. No



iba a salir. Su hermano no entendía lo que había costado ese rancho de porquería. Sacó del roperito una escopeta y apuntó al cielo desde la ventana. El disparo se perdió en un estruendo. Rosas seguía tirando piedras mientras pedía a su hermana que saliera. Dominga le apuntó a la cabeza, para no fallar. Rosas tiraba las piedras más grandes que encontraba en el suelo. Eran grandes pedazos de barro y piedra. Dominga iba a tirar pero los niños se metieron en el medio. Ellos también estaban tirándole

piedras al rancho. Salió con la escopeta en la mano pero nadie le prestó atención. Seguían tirando piedras hasta que uno de los que estaba con Rosas bajó del caballo y comenzó a tirar con el trabuco. Los pedazos de barro de la casilla estallaban y los niños debieron alejarse al igual que su madre. Su hermano terminó incendiando lo poco que había quedado del rancho. Dominga y los tres niños estaban paraditos a unos veinte metros. No tenían nada. Nunca lo habían tenido. En ese preciso momento



todo estaba en silencio. No había más que el sonido del fuego carcomiendo los restos de la casilla.

—Ahora va a hacer más frío —dijo Dominga mirando a su hermano.

—Vas a venir con nosotros y se te va a terminar el frío— respondió su hermano.

—En todos lados es igual, Rosas... Es lo mismo...

Los niños jugaban en la tierra. Jugaban con las piedritas. Las pateaban para ver quién llegaba más lejos. El polvo se levantaba con los golpes. Dominga

los observaba pero no decía nada. Ella tenía esa necesidad de que crecieran rápido. Quería que fuesen grandes y maduros. Fuertes y trabajadores y se fueran bien lejos de todo aquello. Sus facciones demostraban tranquilidad pero por dentro...

Esas y otras cosas estaban mal. Jamás cambiarían. Rosas le pidió que subieran a los caballos. Iban a irse. Dominga movió la cabeza negando. El hombre se acercó y le dijo algo al oído pero ella volvió a negarse.



–Vamos, Dominga... Vamos a mi rancho, ahí vas a vivir como la gente hasta que levante el tuyo. Estos chicos necesitan un padre –dijo Rosas.

–Vos sos el tío –respondió la mujer.

–¿No es suficiente?...

–Tienen a la madre, Rosas...

Dominga no iba a explicar que dos de esos niños habían sido el fruto de la fuerza masculina. Hombres como él. Habían llegado una noche y en una noche se habían ido. Nunca se lo explicaría porque no era necesario. No tenía

sentido revelar algunas cosas. La mujer le pidió que se llevara a los niños. Ella iba a quedarse a dormir allí hasta que levantasen la nueva casilla. Su hermano la miró fijo. Seguía sin entenderla. Puso a cada niño en un caballo y le dio a Dominga una frazada. Ella ni siquiera se despidió de ellos. Fue bajo un árbol y se sentó. Iba esperar a que se fueran para llorar.

El galope era firme y seguro. Era el galope de los caballos avanzando hacia las cercanías de la ciudad. Dominga



quería que sus hijos cabalgaran así, alejados de esa tierra. Se terminaron perdiendo en el horizonte como también lo hizo el sol.

La noche fue cayendo. El ruido del agua corriendo por el arroyo llegaba en un murmullo. En la soledad de la llanura no había nada que temer. Tenía la escopeta, tenía una frazada y tenía algunos cigarros. Lo tenía todo. Eso era necesario para dormir tranquila. Como pudo, hizo un fuego pequeño para calentarse. El árbol la refugiaba de la hela-

da. Prendió un cigarro. Soltaba el humo por la nariz y lo dejaba perderse entre sus manos. Ambas estaban sobre la escopeta. Había puesto la escopeta con el caño apuntando hacia arriba. Era una escopeta bastante vieja. Había sido de su marido hasta que la muerte lo encontró. Ella decía que era suya.

Se recostó sobre la tierra fría y sintió en sus espaldas algunas raíces del árbol. Se tapó con la frazada y acomodó la escopeta a su lado, con el caño apuntando hacia abajo, hacia la llanura. No sa-



bía dónde había aprendido que el caño nunca debía apuntar hacia uno pero de algún modo lo sabía. Estuvo mirando el cielo hasta que se durmió.

En la mañana, la luz del sol alumbraba como podía. Rosas llegó con los niños que corrieron hasta su madre. Ella los abrazó. Estaba casi congelada. Le preguntó a su hermano si iba a empezar a armar la casilla pero este le respondió negativamente:

–Vas a tener que venirte pa la ciudad...

–Te dije que no iba a moverme –res-

pondió ella.

—No vamos a levantar el rancho acá
—volvió a decir su hermano.

No hubo más conversación y Rosas volvió a llevarse a los niños cuando llegó la tarde. Dominga no saludó a sus hijos. Estuvo observando cómo se perdían en el horizonte anaranjado del llano. El sonido del galope se fue perdiendo hasta apagarse. Esa noche no pudo dormir. Hacía demasiado frío y el fuego se apagaba con frecuencia por el viento. El viento intensificaba el frío. Tuvo que



prender el fuego varias veces hasta que finalmente se apagó. Sentía la raíz del árbol clavársele en la espalda. El ruido del agua del arroyo no se escuchaba. Le dolía el cuerpo. El frío estaba congelando sus pies. Intentó moverlos pero no consiguió hacerlo. En la noche no hubo un solo ruido sino frío y más frío. La oscuridad del paisaje parecía tragársela. Había una luz apagada. Era la luz de las estrellas que solo eran un adorno.

Cuando bajaron de los caballos, Dominga estaba recostada al pie del árbol.

Los tres niños fueron acercándose pero ella no se movió. La madre parecía estar muerta. Uno de ellos comenzó a llorar y se abrazó al otro. El mayor de los tres corrió hasta su madre. Acercó su cara y sintió que respiraba. Besó su mejilla y la madre le pidió que la llevara con ellos.

Subieron a los caballos y se alejaron mientras Dominga miraba de reojo aquella tierra. Rosas le dijo que cerca de la ciudad iban a estar mejor con lo que él había ganado. Porque había ganado mucho. Le había ganado a todos los



que tenían demasiado. Ahora esa plata era de él. Construirían una casa al lado de la suya y enviarían a los niños a la escuela. Estarían protegidos ante cualquier peligro.

Dominga había escapado de la ciudad. Era grande para ella. Era ruidosa y terriblemente grande. Nunca se podía dormir. En cambio, su hermano se había acostumbrado a toda esa locura. En la ciudad alguien como ella no tenía más oportunidades que las de una esclava. Por eso con su marido habían

ido al monte. Allí tenían su tierra y su espacio. Se podía dormir y alcanzaba con cazar y embarrarse las manos. Después su marido murió y todo fue confuso. Complejo. Rosas era incapaz de comprender toda esa maquinaria transitando su cabeza. Eran los engranajes de la sangre.

La tercer noche después de la destrucción de su casa dormía junto a los niños. Los cuatro en la misma cama. Hubo unos gritos y se despertó. Tomó la escopeta que estaba debajo de la cama.



Abrió apenas la puerta. Era su hermano y una mujer. Estaba borracho. La mujer era una muchacha de unos dieciséis años. También estaba borracha. Su hermano la tiró sobre la mesa y comenzó a desnudarla. Le pasaba la lengua por la cara y trataba de arrancarle la ropa. Dominga se volvió a acostar y dejó la escopeta debajo de la cama. Escuchaba desde su lugar porque no hacía falta espiar más. Eran dos borrachos.

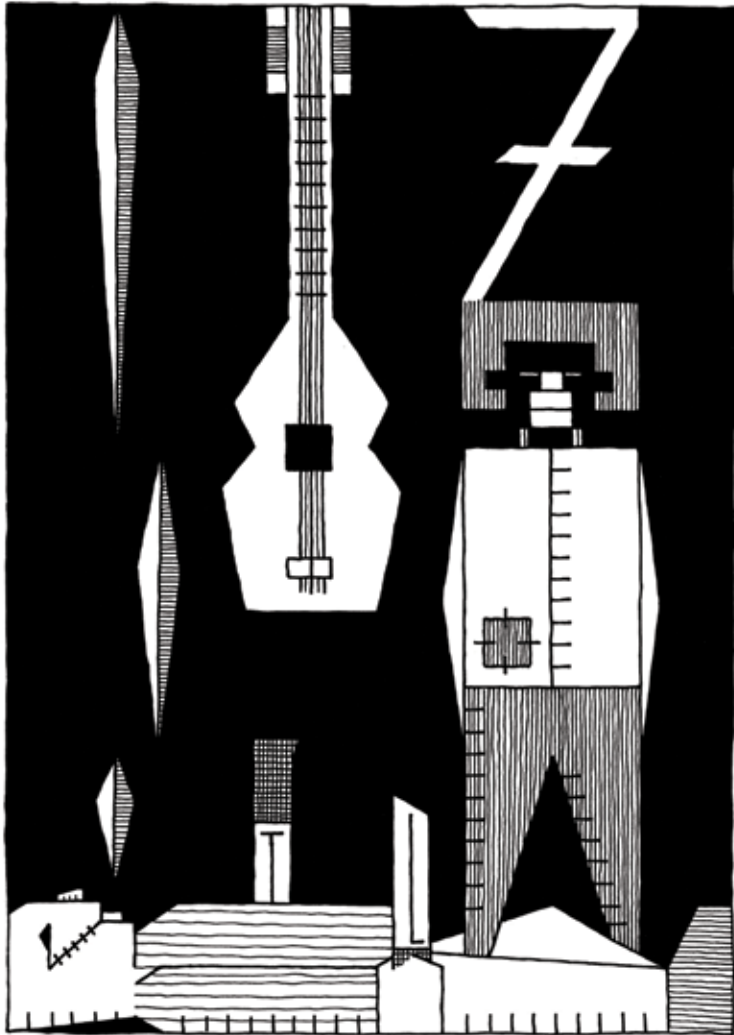
Rosas gritaba que había ganado. Había ganado mucho y podía hacer lo que

quisiera. La muchacha reía. Los gritos despertaron a los niños. Los niños no preguntaron qué pasaba. Se abrazaron a su madre muy fuerte y así durmieron.





HISTORIA DEL NEGRO



Dicen que resucitó, cosa poco cierta pa mí. La noche del 7 de julio de 1874, en que la muerte nos sorprendió, el hombre sabía que lo venían a buscar. Nunca lo dijo, esas cosas jamás se confiesan. Yo limpiaba las mesas y tenía que soportar, por mi condición de negro, que algún paisano me quisiera ma-



nosear. Esa noche fría vi llegar en un caballo de la policía a ese que se despachó al Chino. Algunas personas decían que el Chino tenía más de cien años y que corría a los indios desde el Aquidabán hasta la frontera del Paraguay, aunque nunca se había enrolao. La fama del matrero era famosa, pero más lo era porque cuidaba a la gente de su pueblo. Por eso a alguno se le soltó la lengua diciendo que resucitó tres días después de su defunción.

Posterior a su muerte, yo decidí de-

dicarme a la lógica de los números, a la mágica decisión de la geometría divina. El Chino era el único que me respetaba poco más que a los perros, y ese día adiviné que estaba narrando lo último de su vida a una muñeca de cortos años, le gustaban las que todavía tenían las carnes duras. Como decía, esa noche limpiaba una mesa que se había desocupao y lo vi entrar con su cara aindiada, porque tenía ciertos rasgos de salvaje. Era un mezclao. Se acercó a la barra y preguntó si podía trabajar por un pla-



to de comida, pero el viejo le dijo que no quería gente como él en la pulpería. Salió sin decir palabra y después, unos minutos más tarde, volvió con dinero. Yo mismo escuché decir al cura que ese tipo era la encarnación del demonio, aunque siempre creí que lo decía porque a ese le gustaba hacer tratos con los indios.

Ese, que después pasó a la memoria de todos, se emborrachaba de lo lindo, mientras las muchachas bailaban al ritmo del chamamé. El tipo estaba atento

a una de las nuevitas que lo invitó a bailar, pero este se negó con un movimiento de cabeza. Pa mí fue particularmente raro, porque ese comportamiento nunca se repitió en él. La negativa del extraño molestó al Chino, que enseguida se levantó de su asiento e increpó al tipo*, má u meno así:

—¿Cómo me desprecias a la mucha-

*En ese momento supe que esa noche íbamos a ver sangre, y como el mismísimo Chino sospechaba, aunque yo no quería creer, era la de su pecho.



cha? Cosa de poco hombre la tuya.

El otro miraba al suelo, tratando de concentrarse en la posibilidad de la respuesta, ya que la borrachera lo tenía a mal traer. De pronto, la muchacha dijo algo sobre la hombría del extraño y este levantó la vista clavándola en la del Chino, y profirió:

—Soy Rosas Gamarra, hijo de Domingo. Lo estaba buscando.

Un silencio de sepulcro recorrió la pulpería. Yo me hice a un costao porque ostruía el paso del Chino si levan-

taba carpa contra este. Se escuchó la respuesta cortante:

–Si me estabas buscando, me encontraste. No te voy a hacer esperar, eso es de mala educación.

El Chino, si mal no recuerdo, primero le tiró un cuchillo y después salió sucedido de toda la concurrencia, que iba alegre porque ese hombre era el que se encargaba de mantener la protección de ellos. Yo vi en el segundo en que cruzó la puerta y su pie izquierdo se apoyó en la tierra colorada, una oscuridad que



le ensombrecía el semblante. Nunca pensé que su presentimiento pudiera ser verdad, ya que en ese momento la verdad de los números me estaba vedada. Todos salieron, menos el extraño. Aproveché para hacerme de la guitarra y darle al tipo un tono que lo acompañe en su muerte. En otro tiempo yo había sido un guitarrero como pocos, pero las huidas constantes y el andar limpiando mugre ajena me volvieron resistió a las cuerdas. Solo atiné a decirle:

—Será mejor que vaya señor, esta es

cosa seria. Si quiere le tiro la última nota pa que me recuerde mientras el barquero lo cruza al otro lao.

En esa época yo andaba visitando historias griegas de un libro que se había olvidao en la pulpería un profesor experimentao en el tema. Lo que sigue de la historia, lo vi desde la puerta del antro. El extraño retrocedió como una cuadra, entre la borrachera y el fuerte brazo del Chino, hasta que este último lo acorraló contra la paré de la iglesia y le tiró un cuchillazo desafortunao, pero



que al fin y al cabo era el que esperaba. El otro se inclinó a su izquierda y el Chino estrelló el puñal contra la paré, enseguida el extraño le marcó la cara con una compañía funesta pal versao cuchillero. Pa mí, Marciano Correa murió en ese momento, no después, como vieron todos, fue ahí cuando se tomó la jeta y retrocedió unos pasos hasta hincar las rodillas en el suelo, queriendo morir como un hombre, si a esa altura era posible. Era la muerte que Marciano esperaba, la cicatriz que acompaña-

ba a su otra cicatriz. El otro no esperó, se abalanzó sobre el cuerpo y le metió el cuchillo, que el mismo Marciano le había dado, en el pecho. Cayó sobre las piernas del borracho que segundos después también se desmoronó sobre la tierra colorada. Minutos más tarde no había nadie en la calle.

Esa noche fría del 7 de julio de 1874, pensé que algún enigma andaba guardando el destino, como un laberinto que no se deja descifrar, porque apenas se dispersaron todos los paisanos



una niebla se esparció alrededor de los cuerpos hasta ocultarlos. El patrón me dijo que me fuera. Salí y me tuve que enfrentar con esos dos cuerpos. Escuché un gruñido que me sobresaltó y casi me hizo pegar la vuelta. Saqué un cuchillo que había robado de la pulpería y fui hacia ellos. Tantié el camino y cuando estuve a no más de unos pasos, vi que un perro rasgaba las ropas del Chino. Lamía y mordía en donde tenía la herida mortal. Logré espantar al animal y pude ver el pecho partido en dos,

de aquel que antes era. Me acerqué al cadáver de Marciano Correa y empuñé el cuchillo que todavía tenía clavado. Tiré de él y un borbotón de sangre acompañó mi acción. Limpié la sangre que cubría el puñal. El mango estaba bañado en oro. Llevaba grabado un nombre y una fecha que desconocía:

FRANCISCO SOLANO LÓPEZ

1868

El pecho le quedó al descubierto y pude ver que estaba lleno de cicatrices, tan similares y tan diversas a las de



la cara. Algunas eran refinadas por el tiempo y otras eran más gruesas, brutas, torpes, como la herida que le cruzaba en forma de 7 desde el corazón al estómago. El otro se movió como si notara mi presencia y entonces decidí perderme en esa noche de niebla.

Acostao en mi catre estuve dibujando en el techo las diversas formas en que se resolvía el mundo de los hombres. Pensé en las 7 notas que dan variantes infinitas a la guitarra y recordé unos acordes precisos en mis manos.

Dormí y soñé con el puñal de Marciano Correa.

A los tres días sucesivos a la muerte del Chino, una de las muchachas que solía acompañarlo dijo haberlo visto en una ventana mientras atendía a un cliente. El tema salió en la pulpería y uno a uno fueron afirmando que lo habían visto en distintas circunstancias. Dijeron que el alma vagaba en pena buscando quien vengara su muerte pero, yo sabía que eso no era cierto, los



números lo confirmaron tiempo después. Aquí mi relato cambia de modo drástico, ya que esa misma noche, sobre una mesa del fondo, al cura se le cayó un libro de tapas azules que tenía en una bolsa. Era el legado de Hermes en 7 principios sempiternos. Lo tomé como quien no quiere la cosa y me metí en la bodega pa mirarlo. Cuando el sujeto se dio cuenta que le faltaba el libro, se armó el revuelo. Como siempre, al primero que se mira es al negro, el cura dijo que yo lo había robado. Guardé el

libro entre unos barriles de vino y salí a enfrentar la acusación. Mientras pasaba al salón, un borracho me manoseó la cola. El patrón me miró y preguntó:

—Negro, ¿vos le robaste al padre Néstor?

—No, señor...

El asombro es grande cuando quiere. El patrón se dio vuelta y le explicó al cura que yo era un hombre de confianza, que en la pulpería nunca había faltado nada, y es más, era una falta de respeto a su persona que me tratara



como un delincuente. Los argumentos del patrón fueron convincentes. El cura estaba medio curda y se resignó a escuchar al hombre.

—Está bien, igual ahora hay un tema más importante acá.

Cada uno volvió a su versión de la resurrección del Chino. Regresé a la bodega sin dejar de quitarme de encima al mismo borracho que antes me quiso meter mano.

En la bodega comprendí que había números tras las cosas, cuentas mate-

máticas poblando el universo. Vi la geometría divina, que se duerme como el rocío en la madrugada. A mí, al negro bruto, le fue revelada la forma de los principios. Conservé uno de ellos en mi memoria, el versao sobre la causa y el efecto. Por eso entendí lo que el Chino ya sospechaba esa noche, todas esas causas que habían quedao sin atar en aquella tierra colorada, una noche iban a tener su efecto: todas en uno.

Al terminar mi trabajo, cuando no quedaba un borracho en la pulpería,



salí a la noche donde imaginé a los dos cuerpos tiraos. Del otro, Rosas Gamarra, no supe más nada. Tal vez había vuelto a sus pagos o quizá había cruzado al Paraguay. Escuché unos pasos a mis espaldas. No me detuve y seguí avanzando llevado por el temor. Eran 7 cuadras hasta el ranchito donde compartía techo con la mugre. Me di vuelta y vi a un sujeto, que se abalanzó sobre mí. Corrí, pero fue en vano. El tipo se me tiró encima dejándome boca abajo. Me atrapó los brazos con las rodillas y

me bajó el pantalón, enseguida reconocí de quién se trataba. Sentí los dedos ásperos y torpes forzándome, pude escabullir una mano hacia mi cintura y tomé el cuchillo que le había sacado al Chino. El peso del borracho aquel inmovilizaba mis brazos, pero giré con fuerza hacia mi derecha y el matrerito cayó a un costado. Medio atontao por el alcohol, no pensé dos veces y le ensarté el cuchillo en la garganta. Lo saqué y el borracho se llevó las dos manos al lugar de la herida, mientras caía como



una piedra.

Tomé la poca ropa que tenía, el libro y el puñal. Salí pensando en la forma adecuada de los números, el modo de articularse sin dejar ningún lugar pa la duda. Pensé que ya no podía quedarme en ese pueblo, había visto morir un hombre y había matado a otro. Frente a mí se cuadraba una estrella luminosa, me pareció que estaba al norte, iba a seguirla. Estaba escapando como había escapao tantas otras veces.

Por un momento observé la calle ex-

tendiéndose a lo lejos, el ladrido de algunos perros, la luna, la escarcha, todo tenía un número que lo orientaba en el curso del universo, todo tenía una única esencia que no pude describir, pero que podía imaginarla. Perdí la mirada en la selva y vi ese laberinto que parecía interminable.

Dejo esta historia, y también dejo una puerta cerrada a ese pasao que yo mismo dibujé y nunca pude terminar de construir. El hombre puede escaparse de todo, menos de la memoria. Llegará



a otro: ese libro que yo envilecí, el minuto exacto en que el rostro de Marciano se ensombreció, la geometría divina que se dibuja en el cielo y somos incapaces de reproducir, el puñal bañado en oro, la figura interminable de Rosas, la resurrección y los números ocultos en las cosas. Escucho las 7 notas a la vez, en una guitarra lejana.

Decidí cambiar el nombre de este registro que se conoció como *El infinito de Hermes* pa llamarse: *Historia del negro*.



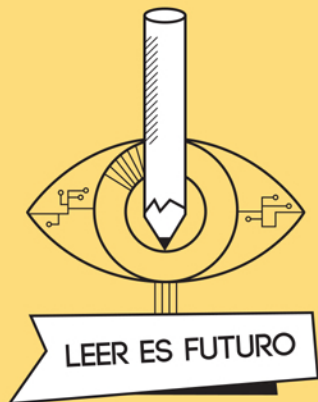
AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN
Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA
Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE
Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS
SOCIOCULTURALES
Franco Vitali



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina